

Un gigante transnacional que atenta contra la salud

por Adolfo Coronato*

La mala hierba de Monsanto

Primero fue una película documental; a partir de ella, un libro: *El mundo según Monsanto*. En ambos, la periodista francesa Marie-Monique Robin despliega, con rigor y minuciosidad magistrales, la tenebrosa historia de la transnacional agroquímica y biotecnológica Monsanto, denuncia la peligrosidad extrema de sus productos y describe las turbias maniobras con las que la compañía ha logrado controlar buena parte del comercio mundial de las semillas

transgénicas. En tanto, el Ministerio de Agricultura y Defensa del Consumidor de Alemania prohibió el cultivo de una variedad de maíz transgénico desarrollada por dicha empresa; la ministra de Defensa argentina, Nilda Garré, vedó la plantación de soja genéticamente modificada en los campos pertenecientes a las Fuerzas Armadas, y un informe de la Universidad de Buenos Aires y el Conicet señala que el herbicida glifosato constituye una amenaza para la salud humana.

Si la aspiración a un futuro mejor, la fe en la racionalidad humana y la creencia en la tecnología como garantía de progreso fueron las bases sobre las que se asentó la utopía moderna, basta leer este libro para dar por tierra con cualquier vestigio de aquella ilusión. Hoy, tras la tormenta neoliberal de los años 90, no es sólo la debacle financiera y económica mundial la que da cuenta del estado de crisis en que quedó el rol del Estado moderno. Otras áreas estratégicas permanecen en peligro y auguran riesgos difícilmente calculables.

El mundo según Monsanto. De la dioxina a los OGM. Una multinacional que les desea lo mejor, de Marie-Monique Robin (1), es una exhaustiva e inquietante investigación sobre una de las corporaciones más polémicas de la industria de la biotecnología. Este gigante de los productos transgénicos, que desde su fundación en 1901 en Missouri, Estados Unidos, ha acumulado un sinnúmero de procesos penales por la toxicidad de sus productos, ha logrado también dominar el mercado mundial de la alimentación con la complicidad de gobiernos, funcionarios y regulaciones permisivas. En Argentina, la aparición de esta investigación tiene lugar en medio del turbulento cruce de intereses políticos y económicos entre el Gobierno y las entidades agropecuarias. El conflicto, aún irresuelto, puso en evidencia la ausencia de una política agropecuaria y tiene a la soja transgénica como eje del debate.

Venenos al por mayor

"La idea era contar la historia de la multinacional y tratar de comprender en qué medida su pasado puede esclarecer sus prácticas actuales y lo que pretende ser hoy", explica Robin. El trabajo, extremadamente riguroso, vio la luz en formato audiovisual (2) y dio base al texto, traducido ya a diez idiomas. Periodista, escritora, documentalista y directora de cine varias veces premiada, la autora emprendió una investigación que la llevó a lo largo de cuatro años a Estados Unidos, Canadá, países de Europa, Vietnam, India, México, Argentina, Brasil, Paraguay... En cada lugar recogió testimonios de campesinos, miembros de organizaciones sociales y víctimas de las contaminaciones. Y fundamentó su pesquisa con entrevistas clave a diversos científicos, a altos cargos que pasaron por la empresa y a funcionarios de los organismos federales. El resultado de este inmenso trabajo crítico causa zozobra y estupor. Así, quedan al desnudo no sólo el *modus operandi* de la corporación, la explotación

de los recursos naturales y el ataque irresponsable a la biodiversidad, sino también la esencia del sistema de acumulación, que muestra el verdadero rostro del llamado "progreso global".

Cualquiera que ingrese hoy a la página de internet www.monsanto.com verá que se presenta como una "empresa agrícola cuyo objetivo es ayudar a los campesinos del mundo a producir alimentos más sanos", o sea, una compañía en función de las "ciencias de la vida", reconvertida a las virtudes del desarrollo sostenible. Pero antes de interesarse por la agricultura, que la llevó a convertirse en el principal productor mundial de semillas y líder de los organismos genéticamente modificados (OGM), esta multinacional, que cuenta con 17.500 empleados y tiene presencia en 50 países, fue una de las mayores químicas del siglo XX, especializada en plásticos, poliestirenos y otras fibras sintéticas. Así, podrían nombrarse los PCB (policlorobifenilos), unos aceites químicos usados como aislantes durante más de 50 años en los transformadores eléctricos que, según Robin, hicieron la fortuna de Monsanto y la desgracia de innumerables víctimas, y cuya toxicidad la empresa ocultó hasta su prohibición a principios de la década de 1980.

La dioxina, cuya historia —como la de los PCB— está envuelta en ocultamiento, corrupción y criminalidad, es un producto derivado de la fabricación del herbicida 2,4,5-T, inventado en laboratorios británicos y estadounidenses a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. Al aislar la hormona que controla el crecimiento de las

plantas, cuya molécula producen de manera sintética, los estudios comprobaron que, inyectada en pequeñas dosis, dicha hormona estimula enormemente el desarrollo vegetal y que, en grandes dosis, provoca la muerte de la planta. Así, los nuevos y eficaces herbicidas desencadenaron "una revolución agrícola y el inicio de la ciencia de las malas hierbas", según la ironía del botánico James Troyer.

"En realidad, el puñado de multinacionales que dominan el mercado de los abonos y los pesticidas químicos hicieron fortuna durante la guerra. Son las mismas que hoy controlan la biotecnología y las semillas y, por lo tanto, la producción de alimentos", subraya Brian Tokar, cofundador del Institute for Social Ecology. DuPont, Hoechst, BASF, Bayer e IG Farben proveyeron desde pólvora y explosivos hasta gases tóxicos. Monsanto participó del "Proyecto Manhattan", que hizo posible la primera bomba atómica y provocó una de las mayores catástrofes humanas y ecológicas de la modernidad. Hasta que, finalmente, logró el mayor contrato de su historia: la producción del "agente naranja" para la guerra de Vietnam.

Púdicamente llamada Ranch Hand (literalmente "obrero agrícola"), esta guerra química derramó, entre los años 1962 y 1971, 80 millones de litros de defoliantes sobre 3,3 millones de hectáreas de selvas y tierras de Vietnam. Más de 3.000 pueblos fueron contaminados con el equivalente a 400 kilos de dioxina pura.

Robin da cuenta de la gigantesca maraña (manipulación de pruebas, corrup-

ción política, procesos abortados, etc.) destinada básicamente a: 1) ocultar que tanto Dow Chemical como Monsanto, los principales fabricantes, silenciaron deliberadamente los datos que tenían por temor a perder un mercado irrepetible; 2) encubrir la colusión entre los fabricantes de pesticidas y el Gobierno, socios de hecho, destinada a impedir la indemnización de las víctimas del agente naranja y la dioxina.

Roundup (literalmente, "redada" en inglés) es el nombre comercial dado por Monsanto al glifosato, un herbicida derivado de un aminoácido (la glicina) que los químicos de la empresa descubrieron a fines de los años 60. Su particularidad es que acaba con todas las formas de vegetación gracias a su modo de funcionamiento: es absorbido por la planta a nivel de las hojas y transportado por la savia hasta las raíces. Su acción bloquea el crecimiento vegetal y provoca una necrosis de los tejidos, que acaba en la muerte de la planta.

El producto saltó al mercado en 1974, primero en Estados Unidos y luego en Europa, cuando la empresa afrontaba el escándalo ecológico y sanitario del 2,4,5-T. Según su publicidad, es el herbicida más vendido en el mundo: "Respeto el medio ambiente", "100 % biodegradable". Sin embargo, estudios realizados en Canadá, Suecia y Estados Unidos cuestionaron la inocuidad del glifosato para la salud humana.

En Francia, Robert Bellé, miembro de la estación biológica de Roscoff, que depende del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), estudió el impacto del glifosato

El Mundo según Monsanto

Marie-Monique Robin en Chile

Marie-Monique Robin, autora del libro *El Mundo según Monsanto*, de Ediciones Península/Océano, vino a Chile, respondiendo a la invitación de la Alianza por una Mejor Calidad de Vida (RAP-Chile), para dar a conocer cuestionamientos de fondo contra Monsanto y sus productos tóxicos y contaminantes.

La autora tuvo diversas entrevistas con la prensa y participó en dos actos masivos.

En su libro plasmó el impactante resultado de tres años de investigación que le permitieron develar los métodos



non sanctos utilizados por la corporación transnacional Monsanto para convertirse en la principal empresa semillera del mundo, concentrar el 90 por ciento de los cultivos transgénicos que se extienden por el planeta y liderar el mercado mundial de plaguicidas.

En un año *El mundo según Monsanto*, se ha traducido a 13 idiomas y sólo en Francia se han vendido 130 mil ejemplares. El documental, producido por la cadena de televisión francoalemana Arte TV, se ha exhibido en 22 países.

UN IMPERIO BIOTECNOLÓGICO

sato en células de erizo de mar, un modelo para las fases precoces del cáncer que obtuvo el Nobel de fisiología y medicina en 2001. Bellé descubrió que el Roundup, aun con una disolución muy inferior a la usada en agricultura, afectaba un punto clave de la división celular: el que la controla. Y concluyó que el producto induce a las primeras etapas que terminan en cáncer.

Otros estudios realizados en Canadá y Estados Unidos demostraron que el producto bloquea la producción de hormonas sexuales, y que había más abortos naturales y partos prematuros entre las parejas que utilizaban Roundup que entre la población en general.

Al conocerse estas revelaciones, muchos científicos comenzaron a reclamar una revisión urgente de la reglamentación relativa al herbicida más utilizado en el mundo. Para Bellé, la inercia de los poderes públicos sólo se explica en la intención de "no perjudicar el desarrollo de los OGM, que como todo el mundo sabe han sido manipulados para resistir al Roundup", y cuya estrella indiscutida es la soja Roundup Ready.

El largo brazo de la corrupción

A fines de los años 70, investigadores financiados por Monsanto lograron aislar el gen que produce la hormona somatotro-

pina, que secreta abundantemente la hipófisis de las vacas tras el parto y que estimula la lactancia. Luego lo introdujeron por manipulación genética en una bacteria y finalmente obtuvieron su fabricación a gran escala. Monsanto bautizó esta hormona artificial "rBGH" y fue el primer medicamento transgénico que tuvo que estudiar el Centro de Medicina Veterinaria (CVM) de la Food and Drug Administration (FDA), en 1985. Pero el *dossier* fue rechazado por su baja calidad, y el titular del CVM fue despedido.

Monsanto no había considerado, o había ocultado, una serie de graves consecuencias derivadas de mantener artificialmente la producción de la leche, además de la mamitis (inflamación de las ubres, equivalente a la existencia de pus) y el obligado empleo de antibióticos, que habrían de volver a la leche en forma de residuos. Lejos de considerar que la rBGH no es una hormona destinada a curar una enfermedad del ganado sino un producto comercial que no reporta ningún beneficio a las vacas o a los consumidores, la FDA la homologó en 1993 bajo el subterfugio de "riesgo controlable", criterio que viola el rigor de la Food Drug and Cosmetic Act, máxima ley en la materia. "Nuevamente, la agencia había modificado la reglamentación para favorecer a Monsanto", apunta Robin, en un nuevo giro de las *revolving doors* (puertas giratorias), un deporte nacio-

nal en Estados Unidos consistente en situar en puestos oficiales clave a representantes de la industria privada y viceversa.

Así nació el "Posilac", pero con el agregado de que la FDA recomendó no etiquetar "sin hormonas" la leche natural, ni "con hormonas" la transgénica, lo cual favoreció a Monsanto.

"La agencia encargada de la seguridad alimentaria en Estados Unidos impidió a los consumidores elegir la leche que desearan beber y permitió a Monsanto llevar a los tribunales a los vendedores que rechazasen públicamente la leche con hormonas", destaca la autora.

Tras largos debates, Canadá prohibió la rBGH, lo que arrastró a la Comunidad Europea a su rechazo, seguida de Australia y Nueva Zelanda.

Lo ocurrido con la hormona bovina no difiere de otros productos surgidos del bricolaje genético, como la soja Roundup Ready en América del Sur, el maíz Bt en México, la colza en Canadá, el algodón transgénico en la India... El esquema establece primero el criterio de "igualdad de sustancia" con los productos orgánicos, destinado a vencer barreras regulatorias y de impacto ambiental. Luego, "un paquete tecnológico" ata al cliente al pago de una patente y a la obligación de no usar el producto para otras cosechas. Después, la imposibilidad de etiquetar deja sin poder elegir a los consumidores. El *diktat*

del mercado y la cotización internacional cierran este círculo perverso, que pone de manifiesto el poder omnimodo de una empresa transnacional que se alza por encima de la soberanía de todas las instancias democráticas. ♦

1 Editorial Península/Océano 2008.

2 *Le monde selon Monsanto*, Arte, 2007, 110 minutos.

A.C.

\$ 2.950



A la venta en librerías, locales FERIA Mix y en la librería de Le Monde Diplomatique, San Antonio 434, local 14, Santiago

La conquista del Cono Sur

"Verdaderamente, podemos hablar de 'sojización' del Cono Sur, porque los OGM de Monsanto cubren hoy 40 millones de hectáreas en Bolivia, Paraguay, Brasil y Argentina. Pero esta expansión vertiginosa, que se hace en detrimento de los pequeños campesinos de la región, es algo más que un fenómeno agrícola: también es un verdadero proyecto político hegemónico", afirma Tomás Palau, sociólogo paraguayo especializado en temas agrarios, a quien Marie-Monique Robin entrevistó en las afueras de Asunción. Para Palau, esta corporación controla de hecho la política agroalimentaria y comercial de la región, y "su poder supera en mucho al de los gobiernos nacionales".

La aventura transgénica en el Cono Sur comenzó a mediados de la década de 1990 con la mira puesta en Brasil, hoy segundo productor mundial después de Estados Unidos. Pero surgieron tropiezos legales: la Constitución brasileña exige que los cultivos transgénicos se sometan a pruebas de impacto ambiental antes de autorizar su "liberación", lo cual no ocurrió; y en Argentina, Monsanto nunca pudo patentar su OGM porque las leyes no lo permiten. Con todo, fue la política ultraliberal de Carlos Menem —que aniquiló los mecanismos de protección del sector agrícola para entregar la producción a las leyes del mercado— la que facilitó el lanzamiento del proyecto transgénico en la región.

Invasión imparable. A partir de 1994 Monsanto vende licencias a las principales semilleras del país, sin que se alcen voces contra la biotecnología. La autora recuerda que la introducción de los OGM en la Argentina se hizo sin debate público, ni siquiera parlamentario, y que tampoco hay leyes que encuadren su salida al mercado. La sociedad civil, señala, "ni siquiera está representada en la Comisión Nacional Asesora de Biotecnología Agropecuaria (CONABIA), un organismo consultivo creado por Menem para dar fachada legal a los OGM". Con todo, Roundup Ready fue autorizada en 1996 y se extendió por el país a una velocidad única en su historia: más de un millón de hectáreas promedio por año. Datos de 2005 indican que la mitad de las tierras cultivadas está sembrada con soja transgénica, esto es 14 millones de hectáreas y 37 millones de toneladas, de las cuales el 90% se exporta, principalmente a Europa y China. La siembra directa —cuyo marco técnico garantiza la AAPRESID, que agrupa a 1.500 grandes productores—, sumada a la oferta del "paquete tecnológico" a tres veces menos que su valor en Estados Unidos, la crisis de las vacas locas y el alza en la cotización mundial de las oleaginosas terminaron por consagrar el éxito de la semilla transgénica.

Según Eduardo Bussi, titular de la Federación Agraria Argen-

tina, "asistimos a una expansión sin precedentes del *agrobusiness* dirigido a la exportación, en detrimento de la agricultura familiar, que desaparece. Los campesinos que se van son reemplazados por fondos de pensión o inversores de consorcios de semillas lanzados al monocultivo de la soja en colaboración con Cargill o Monsanto". Paralelamente, tiene lugar una retracción de otros productos y cultivos. Según datos oficiales, de 1997 a 2002 el número de tambos se redujo un 27% (por primera vez el país tuvo que importar leche de Uruguay); la producción de arroz bajó un 44%; la de maíz, un 26%; la de girasol, un 34%; la de carne porcina, un 36%. Darío Gianfelici, un médico de Cerrito (5.000 habitantes), Entre Ríos, señala que como consecuencia de las fumigaciones, los médicos de la región constataron aumentos significativos de abortos naturales, disfunciones renales y de tiroideos, edemas pulmonares y enfermedades hepáticas, dermatológicas y oculares entre los pobladores.

Alarmante deforestación. La deforestación es otro de los fenómenos derivados del monocultivo de la soja. Regiones caracterizadas históricamente por su gran biodiversidad y una economía de cultivo familiar (mandioca, papa, un poco de arroz o de maíz) empezaron a desmontar sus bosques nativos para dar paso a la siembra de la soja transgénica. Santiago del Estero, con una de las tasas de deforestación más elevadas (0,81% de promedio anual, frente al 0,23% en el mundo), literalmente quemó 220.000 hectáreas de bosques para la siembra de soja entre 1998 y 2002. En el mismo período, Salta desmontó 170.000 hectáreas y Chaco, 118.000. "Entre 1998 y 2004, en Argentina se arrancaron 800.000 hectáreas de bosques", sostiene Jorge Menéndez, director de bosques de la Secretaría de Medio Ambiente.

El boom de la soja transgénica prendió con fuerza en los límites Brasil y Paraguay. En una década, este último país se convirtió en el sexto productor mundial y cuarto exportador, con más de 2 millones de hectáreas. "Las semillas transgénicas entraron de manera irregular", admite Roberto Franco, ministro adjunto de Agricultura en 2007. "Es lo que llamamos la bolsa blanca, porque llegaron en sacos blancos sin indicación de procedencia... Venían principalmente de Argentina, pero también de Brasil", agrega. De hecho, ninguna ley paraguaya autoriza el cultivo de OGM, que sin embargo cubre casi la mitad de sus tierras cultivables. "Para evitar perder nuestros mercados (la soja representa el 10% del PBN) tuvimos que... legalizar los cultivos ilegales, porque exportamos casi la totalidad de nuestros granos, el 23% a la Unión Euro-

pea, que exige etiquetar si contienen OGM". Campos admite que el Gobierno quedó ante un hecho consumado, y que lo mismo ocurrió con el algodón Bt, "que se está propagando sin autorización oficial y sin una ley que lo encuadre". Preguntado sobre si se trató de una trampa, responde: "Pues... no somos los únicos: Brasil corrió la misma suerte".

En 2003, año en que asumió la presidencia Lula da Silva, la imposibilidad de distinguir entre soja convencional o transgénica amenazó directamente a las exportaciones brasileñas. Fue entonces cuando Lula firmó un decreto autorizando (provisoriamente) la venta de soja Roundup Ready para la cosecha de 2003 y la siembra y comercialización en 2004, y propuso a los productores de OGM declarar sus cosechas para ordenar la segregación. Un clamor de protesta se alzó desde las organizaciones ecologistas y campesinas, que consideraron el decreto como una abdicación del nuevo gobierno ante el *agrobusiness*. En realidad, Monsanto ya había instalado, en 2001, un polo petroquímico en Camacari, Bahía (la mayor inversión fuera de Estados Unidos), para abastecer de los constitutivos de Roundup a las fábricas brasileñas, a las argentinas y a la belga, situada en Amberes.

Autorizados los cultivos, la multinacional exigió los derechos de propiedad sobre el gen, que sólo la primera vez (2003) le reportaron 160 millones de dólares. También firmó acuerdos con Paraguay, en 2004.

En Argentina, tras la renuncia inicial a cobrar *royalties*, Monsanto cambió su postura y amenazó con retirarse del país si no se pagaba la patente, lo que desató las iras oficiales. Ocho años después del desembarco transgénico, se calculó que sólo el 18% de las semillas estaban certificadas. La empresa comenzó a registrar los barcos arribados a Europa y terminó llevando el litigio a los tribunales de Bruselas, lo cual significa una amenaza a las exportaciones locales.

"Éste es el último eslabón de un modelo de producción intensiva que las multinacionales del norte venden a los países del sur", afirma el agrónomo argentino Walter Pengue, citado por la autora como una autoridad mundial en materia de soja transgénica. Pengue sostiene que los monocultivos amenazan la seguridad alimentaria, que se sustenta en la biodiversidad, en tanto "Monsanto se apropia de las semillas, después de la transformación de los granos y finalmente controla toda la cadena. Quien controla las semillas controla la comida, y por lo tanto a los seres humanos...". ♦

A.C.

© LMD ed. Cono Sur